

NUEVAS APORTACIONES SOBRE LAS FUENTES DE LOS ESCRITOS PEDAGOGICOS MANJONIANOS

ANTONIO ROMERO LOPEZ
Universidad de Málaga.

Muchas han sido las conjeturas en torno a una postura crítica basada en el estudio de las fuentes del pensamiento pedagógico de A. Manjón. Nombres tan relacionados con los estudios de las fuentes de la pedagogía manjoniana como son los de J. Montero, A. Tórtora, M. Peretti, Y. Turín, R. Mazzetti, E. Huidobro y J. M. Prellezo hablan por sí solos del interés y el esfuerzo en relación con este tema.

Esta corriente crítica del pensamiento pedagógico de A. Manjón está personalizada en estos últimos años por un gran estudioso de su vida y de su obra, J. M. Prellezo, quien, con extraordinaria seriedad científica, ha zanjado casi definitivamente el problema referente a la originalidad y fuentes del pensamiento pedagógico del Fundador del Ave-María con la publicación de su obra *Fuentes de los escritos pedagógicos manjonianos*.

Pero, a nuestro entender, aún queda camino libre para la investigación sobre las fuentes de una de las más importantes obras de A. Manjón, como es *El maestro mirando hacia dentro*, por considerar que no quedan lo suficientemente estudiadas en trabajos anteriores.

Al analizar esta obra de A. Manjón en los estudios publicados al respecto se puede hacer constar la hipótesis aventurada por J. M. Prellezo García sobre su dependencia tomista, pero el mismo autor expresa no poder aducir argumentos sólidos para demostrar una dependencia directa de Santo Tomás.

Al haber analizado las obras que pudo tener entre sus manos A. Manjón, por encontrarse en la biblioteca del Sacro-Monte, y a las que al mismo tiempo hace referencia el citado J. M. Prellezo, tales como *Theologia moralis universa*, de P. Scavini¹, *Compendium theologiae moralis*, de Juan P. Gury²

1 Scavini, P.: *Theologia moralis universa*. Apud Jacobum Subirana (Barcinone 1855) 2 vols.

2 Gury, J.: *Compendium theologiae moralis*, 7 ed. Apud Subirana Fratres (Barcinone 1898) 2 vols.

y *Theologia moralis*, de Agustín Lehmkühl³, se puede confirmar un cierto paralelismo Manjón - Scavini - Lehmkühl - Gury sobre los conceptos de virtud, pero hay que hacer notar que este paralelismo sólo puede referirse a la concepción tomista que estos autores y, consecuentemente, Manjón, tenían de las virtudes.

Ahora bien, diversas razones han concurrido para que el autor del presente trabajo pudiera formular una hipótesis no desprovista de sólida probabilidad. Estas razones son las siguientes:

1ª) Por una parte, J. M. Prellezo ha realizado un estudio exhaustivo y concluyente de las obras que inspiraron el pensamiento educativo de A. Manjón⁴, y sin embargo, al tratar las fuentes relacionadas con la obra que nos ocupa, concluye:

«No he podido llegar a una conclusión definitiva. Pues no es fácil precisar si la orientación tomista que se advierte en *El Maestro mirando hacia dentro* tiene suficiente inspiración directa en la *Suma Teológica* o en uno de estos tratados de Teología moral⁵ (...). No se pueden aducir argumentos sólidos para demostrar una dependencia directa de Santo Tomás»⁶.

2ª) Por otra parte, para A. Manjón, esta obra merece un juicio elevadísimo, de tal manera que él mismo afirma expresamente: «Para mi gusto, éste es el mejor libro del Ave-María»⁷.

3ª) Por añadidura, escribe además A. Manjón refiriéndose a esta su obra: «Cuanto aquí se contiene, y mucho más que pudiera añadirse, está en la conciencia y en los libros; mas se condensa y escribe con la mira de ahorrar tiempo»⁸.

Nuestra hipótesis, pues, basada fundamentalmente en esta última afirmación de Manjón junto a la importancia que cobra en su doctrina la formación del hombre de carácter como hombre virtuoso, se centró en la probable existencia de una posible fuente sobre el tratado de las virtudes escrita con anterioridad a la obra del Fundador del Ave-María.

3 Lehmkühl, A.: *Theologia moralis* (Friburgi, Ed. Herder, 1898) 2 vols.

4 Cf. Prellezo García, J. M.: *Fuentes de los escritos pedagógicos manjonianos* (Roma, Ed. P.A.S., 1968); y del mismo autor y con el mismo título su artículo en *Orientamento Pedagogici*, 15 (1968) pp. 1227-1255.

5 Prellezo García, J. M.: *Educación y familia en A. Manjón* (Zürich, Ed. Pas-Verlag, 1969) p. 143.

6 Ibid., p. 159.

7 Manjón y Manjón: *Hojas cronológicas del Ave-María* (Granada, Imprenta-Escuela del Ave-María, 1921) p. 27.

8 Manjón y Manjón: *El maestro mirando hacia dentro* (Alcalá de Henares, Ed. Redención de las Penas por el Trabajo, 1942) p. 2.

Efectivamente, hemos pensado que pudiese existir influencia sobre A. Manjón de pedagogos anteriores que fundamentasen sus objetivos educativos en la formación del hombre virtuoso, y que entre los no estudiados al respecto se encuentra Juan-Bautista de La Salle. Así, pues, entre los libros consultados sobre tratado de virtudes y que hacen referencia a este educador, hemos podido encontrar en la biblioteca de la Residencia de los Hermanos de La Salle en Granada una obra de gran interés: *Las doce virtudes del buen maestro*, según San J.-B. de La Salle, Fundador de las Escuelas Cristianas, explicada por el Hermano Agatón, Superior general⁹. Este ejemplar, correspondiente a la segunda edición de esta obra, ha sido mutilado, por lo menos no aparecen editorial ni fecha de publicación; no obstante, por la fecha de autorización eclesiástica para su publicación, concedida por la Secretaría de Cámara del arzobispado de Madrid-Alcalá el 24 de febrero de 1917, se desprende que fuese publicada próxima a esta fecha.

Intentando buscar la primera edición entre las bibliotecas más al alcance de A. Manjón, hemos podido encontrarla en la biblioteca de la Abadía del Sacro-Monte¹⁰ y, tanto por el tiempo en que se publica en castellano (1890),

⁹ Agatón, Hno.: *Las doce virtudes del buen maestro, según San J.-B. de La Salle* (Madrid, Imp. Ibérica, s.f.).

El Hermano Agatón (Joseph Gonlifux) nació en Longueval, cerca de Hoyon, el 4 de abril de 1731 y murió en 1798. Ingresó en el noviciado en 1747 y ejerció más tarde como profesor y director de varios colegios de su Instituto. En 1777 fue elegido Superior General y se dedicó por entero a la formación religiosa y pedagógica de los Hermanos para lo cual se valió de los escolasticados o academias y publicó un *Tratado de aritmética*, un *Compendio de gramática francesa* y *Explicación de las doce virtudes del buen maestro*. «Gracias a la publicación de su obra, el Hermano Agatón fue considerado como un clásico entre los teóricos de la educación que la posteridad conoció. A partir de su aparición esta obra fue enormemente elogiada; «es una obra maestra», diría más tarde de ella Mgr. Frayssinons. Este libro permaneció siempre actual por la exactitud de los principios que formula y la oportunidad de las aplicaciones que indica» (Herment, J.: *Histoire de l'Institut des Frères des Ecoles Chrétiennes*. Gembloux, Imprimerie J. Duculot, Libraire-Éditeur, 1922, pp. 151-52) (la traducción es nuestra).

En cuanto a su actuación pedagógica hay que hacer señalar su defensa a ultranza de la gratuidad de las escuelas del Instituto, a las que tuvo que defender contra ciertos Ayuntamientos que pretendían imponer la retribución escolar cf. *Compendio de Historia del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*. Trad. s.f. de la ed.; Mesnil [eure], Typographie Firmin Didot Cie., 1937).

Así mismo, por su talante aperturista y siendo Superior general, «se decide reimprimir la *Guía de las Escuelas*, del Fundador, pero suprimiendo ya, por obsoleto, todo lo relativo a castigos corporales» (Gallego, S.: *Huellas fecundas*, Madrid, Imp. Villena, Artes Gráficas, 1981, p. 57).

¹⁰ Agatón, Hno.: *Las doce virtudes de un buen maestro*, según el Beato Juan Bautista de La Salle (Madrid, Tipografía de los Huérfanos, 1980) 146 pp.

Al contrastar la segunda edición (¿1917?) con la primera (1890), encontramos algunas variaciones dignas de destacar:

1ª) La primera edición aparece con el título anteriormente expuesto, mientras que

como por su propio contenido y por el lugar en que se encuentra, da pie a pensar que pudiera haber influido en la obra de A. Manjón.

Así pues, tras el estudio y análisis de esta obra y cotejada con *El Maestro mirando hacia dentro*, no sólo se advierte un claro paralelismo en sus expresiones y argumentaciones, sino que son muchas las ocasiones en que se denota claramente una dependencia literal y la existencia de párrafos en los que se acusa de forma patente la concordancia textual.

Baste cotejar los textos que a continuación se exponen para comprobar los abundantísimos puntos de concordancia ideológica, literaria y textual¹¹:

en la segunda edición se ha cambiado el artículo «un» por «el» y, al haber sido canonizado el Fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (24-V-1900), se sustituye la palabra «Beato» por el término «San» apareciendo el nombre de Juan-Bautista sólo con sus iniciales (J.-B.), de tal manera que el título de esta segunda edición reza así: *Las doce virtudes del buen maestro* según San J.-B. de La Salle.

2ª) En la primera edición aparece el nombre del autor, Agathón, con «h», intercalada, mientras que en la segunda edición se ha castellanizado el nombre y aparece suprimida la «h», resultando escrito Agatón.

3ª) La segunda edición comienza con una «advertencia», sin fecha ni firma, sobre los distintos elogios que ha recibido la obra desde su primera publicación, «advertencia» que no existe en la primera edición.

4ª) Las licencias eclesiásticas para su impresión y publicación están presentadas al comienzo de cada edición de forma inversa, de tal manera que en la primera aparece en primer lugar la licencia eclesiástica concedida por el Obispo de Madrid-Alcalá con fecha 15 de marzo de 1890 y siguen a continuación las aprobaciones eclesiásticas de 31 y 25 de julio de 1797, mientras que en la segunda aparecen en primer lugar las aprobaciones eclesiásticas de 31 y 25 de julio de 1797 y termina con la autorización para su publicación, concedida por la Secretaría de Cámara del Obispado de Madrid-Alcalá de fecha 24 de febrero de 1917.

5ª) En la primera edición, en la página 133 (que por cierto figura equivocada en el índice al poner p. 139), aparece un «Apéndice» sobre las condiciones que debe tener la corrección. En la segunda edición este «Apéndice» se introduce en medio del texto de la obra, concretamente después de tratar de la virtud de la mansedumbre (p. 86), y no como apéndice sino con el título «condiciones que debe tener la corrección».

Buscando la razón de este cambio, hemos intentado consultar ediciones posteriores y en nota a pie de la página 90 dice: «Las diez condiciones de la corrección que incluyen aquí las ediciones posteriores se encuentran en la primera edición al final como *Post scriptum*; la inclusión de éste en la *mansedumbre* explica, en parte, la mayor extensión que se da a esta virtud en comparación con las otras. (Nota de la presente edición)».

6ª) Existen, además, variantes como consecuencia de las traducciones de distintas ediciones francesas, empleándose en la segunda una versión, al parecer, más libre, pero en nada queda afectado el contenido, siendo idéntico en ambas ediciones.

11 Exponemos los textos en doble columna para poder cotejar y comprobar con mayor facilidad el paralelismo entre uno y otro autor. Al final de cada párrafo se hace constar entre paréntesis las páginas en las que se encuentra cada texto junto a las iniciales M=Manjón y A=Agathón.

P. MANJON

(*El maestro mirando hacia dentro*,
E.N., vol. I)

1. *Prudencia:*

a) Definición.

«Se entiende el conocimiento de lo que es bueno o malo, en cuanto se puede o debe hacer u omitir, procurar o evitar. Si este conocimiento lo relaciona el cristiano con lo que ha de hacer o evitar para agradar a Dios, la prudencia natural se eleva a cristiana y adquiere el mérito de lo sobrenatural» (M, 8-9).

b) Verdadera prudencia.

«El maestro prudente, no sólo estudia libros, sino alumnos, cuyo genio, cultura y capacidad, educación y carácter ha de conocer, si ha de proporcionar los medios pedagógicos a las necesidades de los educandos. Nada más antinatural que el rasero de la igualdad en una escuela, pues cada alumno tiene su modo de ser; y nada más desmoralizador que la falta de una regla común a la cual todos se atengan.

La prudencia consiste en hallar el término medio entre dos peligrosos extremos» (M, 21).

«...Si ando con astucias, mentiras, dolor y fraude, tendré la prudencia de la carne o mundana y la astucia de la zorra, pero no la verdadera prudencia, virtud madre y eminentemente racional y cristiana (...). "Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas"» (Mt. X, 16) (M, 18).

c) Prudencia en la palabra.

«El maestro no debe ser ni loquaz ni taciturno, sino que hablará

H.º AGATHON

(*Las doce virtudes de un buen maestro*, 1ª ed.).

«La prudencia, ... nos alcanza el conocimiento de todo lo que debemos hacer y evitar, indicándonos los medios más seguros y más legítimos para conseguirlo, conforme a las luces de la fe» (A, 32-33).

«Así, tratará primero un buen maestro de estudiar y conocer el genio y el carácter de los niños, a fin de proporcionar a su capacidad y a sus necesidades sus enseñanzas,
(...)

pretender nivelar a todos ellos (alumnos), y sujetarlos a la misma regla es violentar la naturaleza» (A, 36).

«La prudencia del buen Maestro consiste en hallar el término medio, distante, por igual, de peligrosísimos extremos» (A, 36-37).

«De la segunda, por falsa prudencia, que llama la Escritura prudencia de la carne... sólo se endereza a satisfacer el amor desordenado y altísima opinión de sí mismos... "sed prudentes como las serpientes" (Mt. X, 16)» (A, 43-44).

«Dos fines se propone y cumple esta virtud (el silencio) pues si

lo preciso y cuando no deba callar, y callará cuando no deba hablar. El que habla mucho se cansa y gasta y no es atendido como aquél que sólo dice lo que la necesidad y utilidad, la prudencia y oportunidad demandan.

.

... y dice el Gran Maestro que "en el día del juicio hemos de dar cuenta de las palabras inútiles" (Mt. XII, 36) (M, 29-30).

d) Vigilancia.

«Primero vigile el Maestro sobre sí y todo cuanto en él hay (pensamientos, afectos, uso de los sentidos, pasiones y acciones) y procure estar todo entero en la obra que hace, ya para hacerla bien, ya para no dar mal ejemplo.

Vigile el Maestro sobre sus discípulos, que son un tesoro que intenta robarle el enemigo de su inocencia, de la cual él es el ángel custodio. Sin necesidad, no abandone la clase y en ella no se distraiga con nadie ni con nada que le impida atender a todo lo que hacen sus niños, y lo mismo debe hacer en el templo y en el juego: donde están los niños allí se halla el alma de su Maestro» (M, 42).

adoctrina a los preceptores de la infancia en el difícil arte de callar, también les enseña esotro arte de hablar, logrando así que rehuyan esos dos temerosísimos escollos condenados por ella: la taciturnidad y la locuacidad.

Por el primer fin, se consigue el orden y la tranquilidad en las clases, se asegura adelanto en ciencia y virtud a los discípulos, y logra el maestro necesario reposo y la conservación de la salud.

.

"Los hombres darán cuenta en el día del juicio de todas las palabras inútiles que hayan dicho" (Mt. XII, 36)» (A, 17 y 21).

«Un Maestro... debe vigilar sobre sí mismo, es decir, sobre los pensamientos de su espíritu, sobre los movimientos de su corazón, sobre el uso de todos sus sentidos, sobre todo su ser, para obrar siempre el bien, y cumplir religiosamente sus obligaciones. Las faltas en que puede incurrir por quebranto de la vigilancia, perjudicarían a la educación de los escolares, inspirándoles tal vez desprecio y alejamiento de su Maestro.

Vigilante será con sus discípulos por lo mismo que es su Ángel de la Guarda.

Si su ausencia y descuido son causa de que el enemigo del hombre (...) les arrebatte el tesoro preciosísimo de su inocencia, ¿qué responderá, qué, a Jesucristo, cuando le pida cuenta de esas almas y le reproche por haber sido menos vigilante para guardarlas, que lo fue el demonio para perderlas?

Síguese de este principio:

1°. Que un buen Maestro no abandonará jamás su clase...

2°. Cuando esté en clase, ob-

«Pero aunque lo vigile todo, hasta lo que sucede a sus discípulos en la calle (para lo cual puede tener vigilantes de entera confianza como son los buenos compañeros), no se haga pesado ni demasiado desconfiado, sospechando sin motivo y faltando a la caridad, justicia y buen concepto del alumno. Sea vigilante sin parecerlo» (M, 42).

«Su vigilancia (del maestro) sea apacible, sin agitación ni violencia, sin indolencia ni inquietud, y, mirando con cien ojos, obren los niños con libertad y responsabilidad, como hombrecillos y no como esclavos, con sinceridad y no por hipocresía» (Mt, 42).

2. Fortaleza:

a) Paciencia.

«El Maestro que es Maestro de cuerpo entero nunca se cansa

sérvelo todo, véalo todo: que nada se sustraiga a sus miradas» (A, 108-109).

«Un buen Maestro vela por la conducta de los escolares allí donde quiera que está con ellos, obrando en todo caso con grandes precauciones para que no echen de ver que les examina. Además debe consagrar aplicación continua a descubrir y a conocer todo lo que ocurre a los discípulos, no sólo en la clase, mas también en las calles, antes o después de la Escuela; y si no puede verlo ni inquirirlo todo por sí propio, se servirá prudentemente de inspectores por él escogidos de entre los alumnos.

(...)

Esto sin embargo, la vigilancia de un buen Maestro no ha de ser nunca inquieta ni desconfiada, ni incómoda, ni andar en compañía de conjeturas ayunas de todo racional fundamento. Si así fuera, podría oponerse entonces a la caridad y a la justicia, siendo tan injuriosa y deprimente para los alumnos, como molesta para los maestros» (A, 110 y 112).

«Esa vigilancia ha de ser apacible, sin agitación, ni violencia, ni afectación, ni inquietud: así sólo será más perfecta. Como es menester no omitir nada de cuanto pide la exacta vigilancia, tampoco han de exagerarse las precauciones. Queriendo conservar en las buenas costumbres a los discípulos, precisa ante todo obrar de suerte que no se les convierta, no, en hipócritas» (A, 112-113).

«Defectos opuestos a la paciencia son: herir el corazón de los

de ser paciente, jamás se descompone interior ni exteriormente; en la clase nunca emplea palabras iracundas ni groseras, epítetos injuriosos ni tratamientos bruscos o violentos, y jamás, jamás golpea con mano ni vara.

”¡Oh, qué difícil es eso!”. Sí lo es, pero atended a estas palabras de San Pablo: ”Os es necesaria la paciencia, a fin de que, haciendo la voluntad de Dios, podáis obtener los bienes que os están prometidos” (Epístola a los Hebreos, X, 36).

”La paciencia contiene la perfección de las obras” (Santiago, Epístola I, 4).

”Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas” (Lc. XXI, 19)» (M, 104).

b) Humildad.

«”Os aseguro con toda verdad que si no os hiciérais como los párvulos, no entraréis en el Reino de los Cielos”. Esto dice el Maestro verdadero de la verdadera humildad, Jesucristo. Hay que hacerse pequeños para entrar en el Cielo; los soberbios no caben allí.

Y si esta gran verdad y terrible amenaza a todos se dirige, de modo especial afecta a los encargados de educar a la infancia» (M, 121).

«El Maestro humilde siempre es modesto, y jamás revela orgullo, engreimiento y satisfacción de sí mismo, ni en palabras, ni en gestos, ni en modales, ni en vestidos, ni por su talento, ni por su elocuencia, ni por su ingenio, ni aún por sus éxitos; pues, no sólo sabe que a Dios debe cuanto bueno tiene, sino que a El rinde el tributo del honor y la gloria por cuanto bien hace» (M, 121).

escolares con palabras groseras y ofensivas; emplear con ellos tratamientos bruscos, violentos, excesivos, golpes de mano o vara; infligirles correcciones injustas, inspiradas tan sólo por viciosos arranques del amor propio o por una impetuosidad malsana, que nada reflexiona antes de obrar o hablar.

”Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas” (Lc. XXI, 19).

”La paciencia contiene la perfección de toda obra” (Santiago, Epístola I, 4).

”Os es necesaria la paciencia, a fin de que, haciendo la voluntad de Dios, podáis obtener los bienes que os están prometidos” (S. Pablo, Epístola a los Hebreos, X, 36)» (A, 56-57).

«Nuestro Divino Salvador nos enseña la necesidad de esa gran virtud, de la humildad, cuando nos dice en el Evangelista San Mateo: ”En verdad os digo, que si no os hiciéseis semejantes a los párvulos, no entraréis en el Reino de los Cielos” (VIII, 3). Temerosísima amenaza, que se dirige muy especialmente a los encargados de instruir a los niños» (A, 22).

«Si el talento resplandece en él (maestro), no lo ostenta; jamás revela satisfacción de sí, ni orgullo, ni arrogancia; abstiéndose de gestos, de palabras, de estudiados modales, poderosos a sublimarle ante la mirada de los hombres, y a atraerle la universal admiración» (A, 25).

«El maestro humilde y modesto no es frívolo y si alguna vez oye aplausos, no se envanece ni complace ni entonetece por ello ... El maestro humilde y modesto es hombre formal y serio...; pues sabe que lo que somos ante Dios, eso somos, y no más ni menos. "Nada os importe ser conocidos y glorificados delante de los hombres; alegráos de que vuestros nombres estén inscritos en el Cielo" (Lc. X, 20).

"No deseéis ser llamados maestros, ni que os saluden como a doctores" (Mt. XXIII, 7 y 8)» (M, 121-122).

«Y cuando ve que otros compañeros obtienen resultados en sus escuelas, no le entra envidia, ni murmura, ni rebaja el trabajo ajeno, sino que se humilla, da gracias a Dios y se alegra, procurando emularse para obtener, a ser posible, y con la gracia divina, idénticos y aún mayores resultados» (M, 123-124).

«Y como no es vano ni orgulloso, consulta, se aconseja, estudia los medios que emplea el buen Maestro y no halla vergüenza donde no hay sino humildad y deseo de acertar en la obra magna y difícilísima de la enseñanza, en la cual ninguno sabe lo bastante y todos necesitan del saber y experiencia ajenos» (M, 124).

«Pero donde se manifiesta mejor la humildad es en comunicar su ciencia a los más sencillos, ignorantes y pobres y a los más pequeños, que son el campo más abonado de su profesión y celo» (M, 124).

«El Maestro humilde es res-

«La humildad excluye todo motivo de vanagloria. Nada, en verdad, más frívolo que ese insano deseo del aplauso y de la estimación de nuestros prójimos (...). Y no pueden compadecerse, no, de ninguna suerte, tales sentimientos con las divinas máximas del Evangelio: "No deseéis jamás que os llamen Maestros ni que os saluden como Doctores", decía Jesucristo a sus discípulos (Mt. XII, 8-10). "Poco os importe ser conocidos y glorificados delante de los hombres; mas regocijáos de que vuestros nombres estén escritos en el Cielo" (Lc. X, 20)» (A, 26-27).

«Lejos de contristarse por los éxitos y encumbramientos de sus colegas, el Religioso humilde anhela, por el contrario, ardorosamente, ver cómo todos ellos le igualan, y le superan, y logran en la enseñanza de la niñez grandes provechos por él nunca obtenidos» (A, 27).

«Como a su humildad va emparejada verdadera desconfianza de sí mismo, trata de asegurarse en cuanto hace con las luces y la experiencia de los demás: les consulta, recibe sus consejos religiosamente, y sus advertencias e instrucciones; en una palabra, todo lo que pueda facilitarle el más perfecto cumplimiento de su destino» (A, 29).

«El Maestro penetrado de la humildad ama, como Jesús, comunicar y revelar su ciencia a los sencillos. Dedícase así, con fervoroso celo, a evangelizar a los pobres; a instruir en divina verdad a los ignorantes; a enseñar amorosamente a los niños los elementos de la cristiana religión» (A, 29).

«Requiere la humildad de un

petuoso y obediente con los superiores, es amable y cariñoso con los compañeros, es obsequioso y atento con los extraños, es servicial, benévolo y accesible para todos, aunque sean pobres, ignorantes, toscos y desatentos» (M, 124).

3. Fe:

a) Sabiduría.

«La sabiduría está llena de luz ... Descúbrnla fácilmente los que la aman, y los que la buscan la hallan» (Sabiduría, VI, 13)» (M, 248).

«"Pues la sabiduría abre la boca de los mudos y hace elocuentes las lenguas de los párvulos" (Sabiduría, X, 21)» (M, 248).

«"La sabiduría es tesoro infinito para los hombres, y los que la ponen por obra se hacen amigos de Dios, y recomendables por los dones de la ciencia" (Sabiduría, VII, 14)» (M, 249).

b) Verdadera sabiduría.

«La verdadera sabiduría viene de lo alto y conduce a lo alto, por ser celestial y divina; y la falsa sabiduría viene de lo bajo y lleva a lo bajo, por ser terrena y mundana, animal y hasta diabólica.

El Maestro que adopta las máximas del Evangelio es sabio con la sabiduría de Cristo; pero el que adopta las máximas del mundo y reprueba las del Evangelio es sabio con la sabiduría del diablo.

... pero el que trabaja por adquirir y enseñar virtudes que, sin agradar a Dios y su Cristo, complazcan a los hombres, es sabio con la sabi-

buen Maestro que trate a sus iguales e inferiores con amistad y estimación; y cordialidad y bondad... La humildad de un buen Maestro es caritativa. Le hace amable, servicial, atento, accesible a todos y muy especialmente a los pobres» (A, 30 y 31).

«La sabiduría está llena de luz ... Descúbrnla fácilmente los que la aman, y los que la buscan la hallan» (Sabiduría, VI, 13) (A, 51).

«La sabiduría ha abierto la boca de los mudos y hecho elocuentes las lenguas de los párvulos» (Sabiduría, X, 21). (A, 52).

«Es tesoro infinito para los hombres, y los que la usan se hacen amigos de Dios, y recomendables por los dones de la ciencia» (Sabiduría, VII, 14). (A, 52).

«Hay también una sabiduría que no viene de lo alto, sino que, al contrario, es una sabiduría terrena, diabólica y animal. Falsa sabiduría que las pasiones ciegan, y que no se inspira más que en las sugerencias de un maligno espíritu. No adopta en este caso el individuo sino las máximas del mundo, y reprueba las del Evangelio; trabajó más por adquirir virtudes que puedan agradar a los hombres, que por hermostrar al alma con aquéllas que puedan agradar a Dios; obra por motivos interesados, y busca siempre la utilidad terrena. Y para seducir y engañar segura y fácilmen-

duría mundana por Dios condenada.

... el que en toda su enseñanza sólo apunta al interés y utilidad terrena, es un sabio animal y terrestre que ignora lo que es la vida y sus destinos, lo que es la escuela y su grandeza moral.

El maestro que, firme en la verdad y versado en el deber, lo cree, observa y practica, pese a quien pese y cueste lo que cueste, es sabio en cristiano; mas el que sólo estudia el disfraz de la verdad, que es el engaño y la hipocresía, o disfraz de la virtud, que consiste en presentarse culto, suave, afable y complaciente en sociedad, sin tener empacho en acudir al fraude, la astucia y la intriga y a todos los medios para conseguir sus fines terrenales, este maestro tiene la sabiduría felina, no la de Dios; la satánica, no la cristiana» (M, 251-252).

te, estudia disfrazarse, apareciendo afable, complaciente, culto, suave ... Cuando en realidad de verdad, se sirve, sin ningún empacho, como habituales armas, de la intriga, del fraude, del artificio, de la astucia, atento sólo al logro de sus fines. Verdadera y tristísima locura, cuyos funestos frutos son la emulación, sin-nobleza y la envidia» (A, 50-51).

4. *Caridad:*

a) *Piedad.*

«"La piedad es útil para todos" (S. Pablo) incluso para aceptar de buen grado el sacrificio» (M, 320).

«¿Qué ejercicios de piedad persuadiréis a vuestros alumnos? Ya se dijo, y ahora ampliaremos. Primero, procuraréis hagan con toda devoción los actos que son de obligación, como la Santa Misa los días festivos, la Comunión pascual y la Confesión. Después, respetaréis y afinaréis, ponderándolos y detallándolos, los actos de devoción que el niño tenga aprendidos de sus padres. Y, en fin, cuando en su casa no haga prácticas de piedad,

«"Ejercítate en la piedad. Es útil para todo, y los bienes de la vida presente y de la futura están prometidos" (I Timoteo, IV, 7 y 8)». (A, 121).

«Les explicará (a los alumnos) lo que se refiere a la obligación de asistir a los Oficios divinos, sobre todo a la Santa Misa en los domingos y en los días de fiesta ...

Enseñaráles la suprema necesidad de la oración, cómo y en qué tiempo deben cumplir con ese esencialísimo deber, a la mañana, por la tarde, y en infinidad de distintas circunstancias de la vida. Exigirá de ellos que sepan bien las ordinarias fórmulas del rezo, y que al reci-

indicaréis y persuadiréis las oraciones más usadas por los cristianos, como son Padrenuestro y Avemaría, el Credo y la Salva, la Misa, el Rosario, la Comunión sacramental y espiritual, la Santa Cruz y el Ave-María al comenzar y terminar todos los actos, el saludo a la Virgen al dar la hora el reloj... etc.» (M, 324).

«Maestros y maestras, sed devotos, que la devoción no se enseña, se pega, y si no estáis contagiados por el amor de Dios, mal podréis pegarle a vuestros discípulos. ¿Y cómo se pega la devoción? Con unción. Si sentís amor intenso por Jesús y María, el Redentor y la Corredentora, cuando de ellos habléis vendrá a la lengua y al tono y emoción de la voz ese vuestro afecto del corazón, y no hay cosa más sensible que el amor de lo suprasensible, para el educador que sabe sentirlo» (M, 323).

b) Celo apostólico.

«El maestro celoso, lo primero que necesita es dar la suave y persuasiva lección del buen ejemplo.

Los niños aprenden más por los ojos que por los oídos, y nada hay que mueva más a la virtud que el verla practicar por el que la predica; debemos ser semejantes a soles en

tarlas las pronuncie distinta y pausadamente.

(...)

No sólo les inspirará piedad muy sólida respecto de Dios y de Jesucristo, nuestro Señor, sino también devoción singularísima a la bendita Virgen» (A, 116-117 y 118).

«Tales los principales puntos en que el buen maestro ha de instruir a los escolares. Pero, y volvamos a preguntarlo, ¿podría darles semejante educación, y formarlos perfectamente en cristiana vida, si no estuviera henchido y penetrado él mismo de todo lo que enseña?

Con razón decimos que su piedad ha de ser eminente; mas para hacerla sólida es necesario que tome por modelo a Jesucristo, y a la moral de este divino Salvador por base y por principio de su conducta ... Faltaría a la piedad el buen Maestro, si hablase de Dios por mero cumplimiento, y sin gusto y sin convicción íntima de la verdadera religión» (A, 120).

«Un maestro celoso comienza por enseñar a sus discípulos con buenos ejemplos. Esa es la grande, la primera lección que debe darles para imitar en todo a Jesucristo, que comenzó por practicar antes de enseñar. Para llegar al fin que se propone, se vería constreñido a seguir el camino más largo y más penoso si se contentase sólo con hablar; el más corto, el más luminoso, y el más suave es el del ejemplo. Más aprenden los niños por los ojos que por los oídos ...

Un maestro es como una lám-

el mundo de la moral, esto es, luz, calor y movimiento» (M, 325-326).

«¿Quiénes pueden creer que no tienen celo verdadero?

Los indolentes, que no hacen lo que pueden, y los poco ejemplares, que destruyen con las obras lo que siembran con la doctrina (...).

«Los egoístas y aceptadores de personas, dones y aplausos; los que ponderan sus méritos y sus penas, se recrean en sus éxitos y se entristecen con los ajenos.

Los murmuradores, mordaces, indiscretos, imprudentes, insultantes, desalentados, descorazonados y tristes, que todo lo dan por perdido y sin remedio y nada hacen por remediarlo.

Los faltos de caridad, misericordia, indulgencia, humildad, y paciencia...» (M, 326-327)¹².

para puesta en lo más alto del candelero, que ilumina con su lumbre purísima, pero que también ha de abrasar y de enardecer con su calor» (A, 97-98).

«Falta un maestro al celo:

Cuando la indolencia le domina y no hace cuanto puede por extender el reino de Dios y su justicia, de la suerte dicha, y especialmente no dando a los discípulos buenos ejemplos. (...)

Cuando se afana por dar a conocer los éxitos y merecimientos propios, y las penas...

Cuando gusta el maestro de aplausos y alabanzas.

Cuando siente tristeza, a la nueva de que otros logran resultados más felices y prósperos que él.

Cuando advierte o reprende en injuriosos términos, con impaciencia, con acritud, con arrebatos, indiscretamente...

Cuando vive en inquietud perpetua, y es en las palabras duro, mordaz, insultante.

Cuando se entrega a públicas lamentaciones, a la murmuración, a la tristeza, al desaliento, o a toda suerte de interpretaciones malignas.

Cuando le desampara la indulgencia, la misericordia, la paciencia, la caridad y la humildad» (A, 104-106).

¹² Aunque la dependencia literal no es tan acentuada, puede verse el marcado paralelismo y la clara igualdad o cercanía de conceptos en el enfoque y expresión de los siguientes temas:

- Sobre la previsión como cualidad de la *prudencia*: M, 20 y A, 40-41.
- Sobre la *Prudencia* en la preparación de clases y métodos a emplear: M, 21 y 22 y A, 37 y 38.
- Sobre el maestro y la *pacencia*: M, 100-1 y A, 52 ss.
- Sobre la *mansedumbre*: M, 115-19 y A, 61-67.
- Sobre la *moderación*: M, 160-61 y A, 12 ss.
- Sobre la *generosidad*: M, 334 ss., y A, 121 ss.

El influjo del Hno. Agathón es decisivo, y queda probado que, para la formulación de muchos de los conceptos y contenidos de la doctrina manjoniana expresada en *El maestro mirando hacia dentro*, el Educador de los Cármenes granadinos se inspiró en la obra que terminamos de analizar, pudiéndose concluir que existe una clara inspiración del Hno. Agathón en la obra del P. Manjón.

Las variaciones que pueden observarse están basadas en los distintos destinatarios a los que sendas obras iban destinadas: por una parte se observa que el lenguaje del Hno. Agathón es más conciso, de tono más austero y estilo más directo, como consecuencia de dirigirse a sus religiosos; frente al tono más coloquial, más glosado y el empleo del habitual estilo indirecto y contrastado de A. Manjón, que se dirige a sus maestros en su inmensa mayoría seculares.

De menor importancia, pero también digno de mencionar, es el hecho de que ambos utilicen las mismas citas bíblicas, con la salvedad de que mientras Agathón cita al final de los textos como punto de llegada, Manjón utiliza las mismas citas como encabezamiento y punto de partida.

Una vez más se ha podido contrastar que A. Manjón redacta sus libros utilizando abundantes materiales tomados de escritos próximos a su ambiente cultural, pero sin hacer referencia específica a las fuentes utilizadas¹³; traslada a sus escritos los elementos que considera más oportunos y provechosos y los anima de un estilo muy personal buscando siempre el contraste, la viveza, la brevedad del párrafo y la expresión realista.

13 Cf. Prellezo García, J. M.: *Fuentes...*, cit., y del mismo autor: *Educación...*, cit., p. 157.